

De la campaña antitracomatosa

Por el Dr. CAMPOY IBÁÑEZ

Los últimos tiempos, que en el tumulto enorme de sus días han resuelto, desterrándolos como inútiles, con un solo gesto de indiferencia y de frialdad, multitud de problemas humanos y planteado otros, orientando a los hombres del siglo en un sentido único económico, han traído también, como fatal y lógica reacción, un movimiento en contra de los sociólogos, de los filósofos y de los pensadores. Frente a la ola arrolladora de todo aquello que solo representa la parte material de la vida, los hombres que se adentraron en las fincas disecciones anímicas y psíquicas, han querido oponer valores espirituales indudables e incommovibles. Pero los tiempos eran otros y se hacía necesaria una revisión de estos valores fundamentales, de estos grandes conceptos sociales de la Humanidad, francamente espirituales, aunque, como es natural, el hombre, siempre, por su condición constitutiva, tienda a verlos y a estudiarlos en una relación más o menos estrecha con el desenvolvimiento material de la vida. Roto el eslabón en la gran guerra, interrumpida la cadena y cortado el camino, el hombre hace desfilar por el campo de su microscopio social estos grandes conceptos que, firmes todos en los primeros tiempos, se han robustecido unos por la experiencia de sus necesidades y otros debilitado en la impotencia de su inutilidad. Se ha hablado de conceptos sentimentales, se ha hablado del espíritu, se ha hablado de los grandes móviles capaces de levantar un pueblo y llevarlo al dolor, al sacrificio y a la muerte; se ha hablado y se ha rectificado de muchas cosas; se han olvidado otras

o al menos, en esta revisión no se les ha dado el lugar que corresponde a su necesidad. Y, en primer término, la salud pública. No ya la salud pública en la idea egoísta del hombre preocupado por su propia integridad fisiológica, que aun egoísta es de un noble egoísmo, sino aquella otra general que encierra la fuerza portentosa de la raza, que lleva en sus entrañas el germen de toda posibilidad de avance en el camino, y la firme actitud del hombre frente a los obstáculos; fuerza maravillosa y única que sostiene en sus manos esta vida, unico bien también que se nos dió al nacer y único que poseeremos por encima de las vicisitudes y de los accidentes, hasta que llegue ese momento último en que se abra «una grieta que separe las dos vidas y la innumerable ciudad que constituimos prorrumpa en gritos de angustia y de horror apelonándose a las puertas de la muerte». Salud pública olvidada de todos, desatendida de los sanos, preterida por los propios enfermos, que necesita de los empujones de la moda para ser escuchada y que, siendo el más firme sostén de la felicidad humana, sin el cual no es posible una integridad física ni una sonrisa en el corazón, es abandonada y arrollada por otras cosas de un valor inferior, de un valor que, en definitiva, desaparece en una anulación absoluta, frente a ella que es única y fundamentalmente necesaria, porque encierra casi todos los otros valores de la vida y es camino que lleva a los restantes. Mal general, universal olvido, éste de la salud pública, pide y necesita una formal y seria rectificación en todo el mundo, ya que sólo se da un valor relativo a su concepto, cuando el problema planteado por una gran epidemia se anuncia, entre un clamor teatral y acompañado de bambalinas y de decoraciones. Nos detenemos a meditar y a obrar en este sentido de la salud pública, cuan-

(Continuará)

S. N.

BOLETÍN DEL INSTITUTO PROVINCIAL DE HIGIENE DE ALMERIA

Sr. Inspector Provincial de
Sanidad.
de